

Aquí los tenéis, Señor Delegado Apostólico, en toda su gloria y esplendor. Bien han sobrellevado el peso del día y del calor. Pero aunque parecen *legión*, no son sino un puñado, insuficiente para llevar á cabo la tarea que se les ha encomendado. Una docena de Franciscanos bastaba y sobraba cuando Tejas contaba apenas con unos cuantos millares de habitantes, incluidas las tribus errantes. ¿Pero qué son cuatro Obispos y 217 sacerdotes para una población de más de tres millones? Un lugar más que todo, un lugar es indispensable para suministrar á esta creciente Iglesia ministros doctos y celosos, y en número suficiente. Este lugar es el que han empezado á excavar los Oblatos de María Inmaculada, y ha tocado á un ilustre miembro de la religión Franciscana, á un hermano de los fundadores de esta Provincia Eclesiástica, la dulce tarea de bendecir sus primeros trabajos.

¡Luevan de lo alto las más preciosas bendiciones sobre la viña y los labradores! Invocadlas sobre todos nosotros, Señor Delegado Apostólico. Dad testimonio de que estos labradores no hieren ni apedrean á los siervos que les envía el Padre de familias; que siempre rinden buenas cuentas de la Viña, y que bien merecen la protección del Vicario de Cristo en la tierra, y la eterna recompensa en el cielo. Así sea.



CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA ACADEMIA CATÓLICA DE CLIFF HAVEN,
EN EL ESTADO DE NUEVA YORK, DURANTE
LA ESTACIÓN ESTIVAL DE 1903.

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL INGLÉS EN QUE SE PRONUNCIARON.



PRIMERA CONFERENCIA

Evangelización de los Aztecas.—Paralelo entre el Oriente y el Occidente.—Misioneros de la América y del Asia.
Causas de la conversión de la una y de la obstinación de la otra.

EN Septiembre del año pasado, fué la primera vez que tuve la satisfacción de visitar esta Academia. Las fértiles riberas de su histórico lago, su precioso paisaje, sus amenos alrededores me deleitaron de tal suerte, que resolví volver lo más pronto posible y plantar mi tienda entre los fervientes católicos que vienen en pos de descanso y de saber á estos encantadores parajes. Lo que más llamó mi atención, fué esa característica amalgama de placer y de estudio, de recreación y de trabajo, de ocio y de actividad que noté en todos los huéspedes de la Academia. Resolví, pues, venir animado del mismo espíritu y unirme á vuestros socios, no ya como mero viajero ó espectador, sino como socio activo de vuestro claustro. Juzgué deber mío pagaros, has-

ta donde alcanzaran mis fuerzas, la franca hospitalidad que me dispensó vuestro generoso Rector, ofreciéndos los últimos frutos de mis pasados estudios y peregrinaciones, y reservando para vosotros los últimos oscilantes resplandores de la llama que en un tiempo ardió en mi pecho ya fatigado.

Tal es el propósito que me trae á esta tribuna, en que estáis acostumbrados á oír á oradores más vigorosos, á maestros más doctos, y voces más juveniles que la del extraño Prelado que ahora comparece en vuestra presencia. Y sin embargo, á pesar de las desventajas que me abruma, abrigo la confianza de que lograré que se fije vuestra atención en los asuntos históricos que voy á tratar. Algunos son bien conocidos; pero la generación presente empieza á olvidarlos, y es justo de cuando en cuando refrescar su memoria. Otros carecían de interés especial hace algunos años; pero acontecimientos recientes les han dado suma importancia. El atractivo de otros estriba principalmente en su carácter misterioso, y en la enorme diferencia que los distingue de cuanto os rodea. Mis discursos subsiguientes aclararán el significado, un sí es no es enigmático en este momento, de la enunciación que hoy os hago del tema de mis conferencias. En la de hoy, procuraré mostraros los maravillosos designios de la Providencia, al establecer la Iglesia de Cristo en la parte de este Continente, que se extiende hacia el Sur de vuestra poderosa República. Siendo imposible referir en una hora escasa, la historia de todas las

misiones en las Colonias Hispano-Americanas; me limitaré á la fundación del Cristianismo en México, llevada á cabo, no por medio de la inmigración de extranjeros, sino principalmente por la conversión de los aborígenes. Os llamaré la atención hacia algunos de los sucesos culminantes y de los gigantescos personajes que figuran en este período sin igual de la Historia Eclesiástica, y procuraré desvanecer ciertas preocupaciones muy generalizadas, acerca de ciertos principios y acontecimientos en relación con el asunto de que voy á disertar.

Cuando hace algunas semanas empezaba yo á trazar el plan de esta conferencia, vino por acaso á mis manos una serie de artículos sobre las misiones Católicas en el Oriente, que me causó profunda impresión. Tratan de las dificultades para introducir el Cristianismo en las regiones del Sol naciente, y de la barrera impasable que parece levantarse cada día más alta, entre los dogmas cristianos y las preocupaciones Orientales. Aún en el Japón, cuyos progresistas habitantes manifiestan una facilidad admirable para adoptar todas las invenciones modernas, para caminar siempre al nivel con los últimos descubrimientos de la ciencia; para imitar las modas más recientes y la manera de vivir de los Europeos, la religión de Jesucristo no se

propaga, y los naturales la desprecian como una doctrina inferior, como un código exótico de principios inaceptables.

Muchas cuestiones y muchas dudas nacen de estos hechos innegables, que los diversos escritores resuelven de un modo contradictorio. La civilización, concluye un autor, debe preceder á la predicación de la Cruz. De ello nos suministra una prueba evidente la Providencia especial de Dios, que sujetó al Imperio Romano todo el mundo conocido, antes de la venida del Salvador. La dominación y la cultura Romana, replica otro escritor, fueron, sí, muy útiles, pero de ninguna manera esenciales á la propagación del Cristianismo. En el Oriente, en particular, la civilización Europea hará más bien daño que provecho, llevando consigo más vicios que virtudes y la infidelidad antes que la Fe, y allanando el camino al agnosticismo más bien que á la Religión. El mismo San Francisco Javier vió por experiencia que le servía de obstáculo á sus trabajos para la conversión de la India.

No es á mí á quien compete resolver el arduo problema; pero os confieso que por muchos años ha sido para mí un enigma indescifrable, la diferente medida con que la divina Providencia ha distribuido sus gracias al extremo Oriente y á nuestro continente occidental. Fué en el siglo XVI, la época más brillante en la historia del mundo, sin exceptuar el de Augusto ni el nuestro, cuando la Iglesia Católica sufrió las pérdidas más terribles que nunca experimentara, por cau-

sa de la herejía protestante. Era indispensable cubrir sus bajas y mostrar al mundo que su catolicidad ni se interrumpe un solo instante, ni se pierde aun por lo que toca al número material de sus hijos. La divina Providencia había preparado el camino con los maravillosos descubrimientos de Cristobal Colón y de Vasco de Gama. Como mil veces se ha observado, para contrarrestar á Martín Lutero suscitó el Señor á Ignacio de Loyola, y si me es lícito aventurar una opinión, á Enrique VIII había ya opuesto á Isabel de Castilla; y á los falsos reformadores al gran Cardenal Cisneros, el verdadero reformador, en unión de esta santa Reina, del orden Franciscano en España, y por tanto en el nuevo mundo que iba á caer bajo su cetro. Ambas huestes se hallaban preparadas para la lucha. La Compañía de Jesús, con su Fundador todavía entre los vivos, formada por un puñado de hombres, pero equivalente cada uno á una legión, se destacó para la conquista del Asia. Caudillo más competente no pudo darse á aquel pequeño manípulo de pacíficos conquistadores. Era varón de noble alcurnia, de claro talento, maestro en las ciencias y artes liberales, pero sobre todo, modelo de virtudes evangélicas. Era, en una palabra, San Francisco Javier; apóstol digno de aquél que hacía muchos siglos le había precedido en la misma misión: de Santo Tomás, enviado por Jesucristo mismo á predicar el Evangelio en las Indias. El Espíritu del Señor reposó en su sagrada cabeza, y le confirió el dón de lenguas y la potestad de arrojar al De-

monio y de obrar estupendos milagros. Halladme, si podéis, un predicador más infatigable. Entresacad en toda la historia de la Iglesia á un misionero de mayores atractivos, á un evangelizador más perfecto. Dió pruebas de un valor más temerario que el de los más esforzados capitanes de aquellos tiempos heroicos, penetrando indefenso, y con un solo compañero, en el impenetrable Imperio del Japón, y propagando el Evangelio en sus diversas islas durante tres años. La gracia de Dios lo hizo político; y con una diplomacia que no imitaron ¡ay! sus sucesores, jugó con las rivalidades y ambición de los príncipes, generales y favoritos del Emperador, y convirtió al cristianismo á muchos de los Señores feudales y sus vasallos.

Esta maravillosa conquista se llevó á cabo hace más de tres siglos. ¿Cómo es que, en nuestros días, los escritores que acabo de citar, todos ellos habitantes de las regiones que describen, al par que los misioneros y viajeros que las han visitado sin prevención, declaran á una voz que la evangelización del extremo Oriente, si no ha fracasado por completo, apenas ha podido lograrse en una mínima parte? ¿Cómo es que, al principiar el siglo XX, todavía se duda si con el Cristianismo ha de venir la civilización, ó si la civilización ha de preceder al Cristianismo? Si volvemos los ojos á nuestro Continente occidental, se resolverá quizás el problema; y tendremos ocasión de dar las más rendidas gracias al Altísimo, porque ha derramado sobre nosotros los dones que ha rehusado á aquellas antiguas razas.

Aunque un clérigo secular y un fraile mercenario acompañaron á los conquistadores de Méjico como capellanes del ejército, y construyeron las primeras Iglesias y convirtieron á los primeros aztecas, el apostolado del Nuevo Mundo estaba reservado á los miembros del Orden Franciscano que en aquellos momentos acababa de volver á su primitivo fervor y observancia. Unos eran sacerdotes, otros legos; pero todos igualmente á propósito para su difícil misión. Docto y santo varón era el padre Valencia; predicadores elocuentes y correctos escritores eran Mendieta, Motolinía y Torquemada; no sólo teólogo y humanista, sino muy hábil para toda clase de artes oficios, fué Fray Pedro de Gante que, aunque lego, fué quizá el más grande apóstol y maestro de sus hermanos, y rehusó el mejor obispado de la Nueva España; esclarecido y santo varón fué el Padre Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México: y sin embargo, á ninguno de ellos ha inscrito el Vicario de Cristo en el catálogo de los santos. Unos veinte al principio, un centenar mal contado más tarde, recorrieron estos apóstoles todo el país, y convirtieron al cristianismo á todos sus habitantes. Y, á pesar de tantas hazañas, ninguno obró milagros, ni resucitó muertos, ni curó enfermos, ni tuvo el dón de lenguas, como San Francisco Javier. Por el contrario, desperdiciaban su elocuencia predicando á multitudes que no podían entenderlos; tenían que servirse de pinturas para explicar los misterios de nuestra Fe; y á aprender una que otra palabra de la lengua

azteca, mezclándose con los muchachos y tomando parte en sus juegos. Y con todo, no sólo propagaron el Evangelio en pocos años con éxito admirable, sino que lograron que echara tan profundas raíces, que ha sido transmitido de generación en generación hasta nuestros días. Vale la pena investigar las causas de esta conquista moral sin precedente, y examinar los métodos que emplearon los misioneros, y les dieron tan prodigiosa preponderancia.

Ante todo, no hay que olvidar el espíritu religioso y el carácter caballeresco de los españoles del siglo XVI. Acababan de terminar una guerra de ocho siglos por la libertad de la patria, al par que por el triunfo de la Religión cristiana sobre el Mahometismo. Todos eran soldados, y todos se consideraban apóstoles. Obispos y monjes acostumbraban combatir en lo más recio de la pelea; y, cuando la trompeta ó la campana llamaba á los combatientes al rezo, los soldados más esforzados eran los más devotos; y era difícil distinguir quiénes eran los sacerdotes y quiénes los caballeros, porque, como San Bernardo había dicho de los Templarios, eran todos leones en el campo, corderos en el claustro.

Con las mismas ideas vino al Nuevo Mundo el puñado de aventureros que conquistaron á Méjico. Cuando vemos á Hernán Cortés que, ardiendo en celo religioso, ordena la destrucción de los templos paganos, aun antes del triunfo final, y al Padre Olmedo (el mercenario á que antes aludimos) moderando su santo ar-

dor, conteniendo sus ímpetus, persuadiéndole que la hora de la gracia aún no llega, y obligándolo á revocar sus inoportunas órdenes, apenas podemos descubrir quién es el misionero y quién el caudillo. No sólo, sino que, por dura que parezca la expresión, Cortés fué el apóstol más bien que el conquistador de Méjico. No era sacerdote, ni fraile, ni santo; pero, con su ejemplo (á despecho de sus fragilidades humanas), con sus palabras, con sus proezas, predicó el Evangelio y adondequiera que llevó sus triunfantes legiones, dejó firmemente plantado el estandarte de la Cruz. Otro tanto hicieron sus soldados en su propia inferior esfera; y lo llevaron á cabo sin usurpar las funciones de los misioneros, ó faltar al respeto y á la reverencia debida al sacerdocio.

No hay historiador que no describa con vivos colores el recibimiento que á los primeros frailes Franciscanos hicieron el Conquistador y sus soldados. Fatigados, quemados del Sol, extenuados por el largo viaje á pie, de más de cien leguas, desde Veracruz; con las sandalias desgarradas por las espinas y las piedras; con los hábitos mal remendados y cubiertos de polvo; con los rostros, manos y pies hinchados por las mordeduras de venenosos insectos, hasta entonces desconocidos, comparecieron por la vez primera en el campo, en que, armado de rutilante acero, había venido el General á encontrarlos, seguido de sus brillantes veteranos, de de sus auxiliares indígenas y de millares de los vencidos Aztecas.